

El desprendimiento de lo concebido



Kenshinkan dôjô 2014

“Deben entender que sus convicciones son suyas, les pertenecen.

Robert Frost dijo: Dos caminos divergen en un bosque, y yo tomé el menos transitado de los

Dos, y aquello fue lo que cambió todo.

Quiero que encuentren su propio camino.”

Robin Williams- John Keating.

El Club de los Poetas Muertos.

Desde tiempos inmemoriales había estado allí, escondido, alejado de todo, soñando con la luz, con la posibilidad de ser, de tomar forma, siendo parte de una de las canteras de los Alpes Apuanos, la de Fantiscritti, en Carrara, Italia.

Había esperado, calmo, mientras se sucedían los tiempos geológicos, la aparición del Arte y de la Magia, el progreso de las tecnologías y la avidez humana por el simple hecho de la Creación. Todo, ahora, confluía finalmente para ver cristalizado el sueño de aparecer, resplandeciente, ante todos, mostrando una forma de Belleza casi imposible.

Los primeros intentos fracasaron estrepitosamente, pues aquellos artistas habían pretendido hacer de él algo que no era. En efecto, Simone da Fiesole, en primer lugar, Agostino di Duccio, después, y Antonio Rosellino, para terminar, no habían entendido bien su mensaje, ni interpretado correctamente su grito de angustia. Ansiaban, eso sí, una obra de Arte que les encumbrara a ellos mismos, sin tener en cuenta su propia opinión.

Tras el naufragio, quedó despreciado como imposible, herido de muerte por los torpes cinceles, abandonado en medio de la nada. El resultado de todo ello fue de nuevo el olvido: un encierro, durante

otros cinco lustros, en aquel auténtico nicho en el que se ocultaba desde hacía miles de años.

Necesitaba de una verdadera "*Mano Maestra*" para el triunfo final. No estaba lejos su suerte; aquel día, el maestro de maestros llegaba a Carrara, con la intención sabia y la intuición cierta de encontrarlo, eligiendo precisamente el enorme bloque blanco en el que se hallaba empotrado desde su remoto anonimato.

Cuando le entregaron aquel monolito de proporciones gigantescas, Miguel Ángel exclamó: "*Ahí dentro está David*".

Después, sin perderlo de vista, extrajo con paciencia de la piedra todo lo que sobraba, ayudándole finalmente a respirar hondo y manifestarse.

El gran trabajo del genial escultor fue dar vida a su propia obra de Arte, eliminando los obstáculos que a ésta le impedían Ser para, una vez finalizada, exponerla allí, ante los ojos del mundo, libre ya de ataduras, obligándole con ello a ser, verdaderamente, quien siempre había sido.

Yo creo que ese acto de *desprendimiento y renuncia* enaltece la obra de un maestro escultor.

Leía atento la epopeya de Miguel Ángel, deteniéndome en aquella singular causalidad que dio como resultado su encuentro con el famoso bloque de mármol de diez toneladas, del que extraería su David, un trabajo ímprobo que le llevó dos años de esfuerzo diario.

Y, apoyado en su ejemplo, reflexionaba sobre la relación que se establece entre maestros y estudiantes de Budô: una comunicación que en ocasiones se fundamenta en la propiedad del futuro de quien, siendo ahora aprendiz, habrá de convertirse, en su momento, en un nuevo maestro de Budô.

En mi opinión, uno de los retos que comporta la enseñanza del Budô es el hecho fundamental de entender y apoyar la Libertad del

alumno por parte de quien le instruye. Esta libertad, a la que aludo, ha de ser de Pensamiento, Palabra y Acción.

Sí, enseñar, ha de enseñarse, pero no para la propia causa sino para una causa mucho mayor, de mayor calado, ajena a nuestro interés: el librepensamiento del estudiante.

Opino que este desafío ha de convertirse en pura Exigencia para un verdadero enseñante, pues conlleva -nada más y nada menos- que el fomento en el otro del camino personal, de la iniciativa propia, de la equivocación necesaria.

Más allá de asociaciones, organizaciones o sistemas que a veces aglutinan un mero sentir primario dibujando sus poderes en estructuras piramidales: ¿Por qué no asociarse, para destapar el rancio abolengo de la uniformidad y dar vida a la heterogeneidad que ha de ser, también, "*el libre albedrío*" ...?

Como hiciera con su David el gran Miguel Ángel, un maestro, con visión profunda de su oficio, habrá de estar junto a su estudiante para mostrarle un Panorama Mayor, fomentar en él la Creación, acompañarle en su Elección y saber decirle Adiós en el momento necesario.

Yo creo, sinceramente, que con esos valientes maestros estaríamos siempre en conexión y, con toda seguridad, en deuda permanente, aunque nuestros caminos persiguieran horizontes contrapuestos, adentrándose en terrenos antagónicos a los propuestos por ellos mismos.

Finalmente, como verdaderos maestros que hemos de ser de nosotros mismos, deberíamos aprender a desprendernos de postulados que, como es natural, pertenecen a etapas señaladas de la vida de todo ser humano: juventud, madurez, vejez.

Tratar de ser ecuánime, sosteniendo imperturbables determinados planteamientos en Budô durante toda la vida es, a mi modo de ver, ir contra la propia Ley Natural. Existen respuestas en la juventud,

que no se sostienen en la madurez y son impensables en la vejez del practicante de un Arte Marcial.

Aprender a trascender las propias convicciones supone también aceptar que nuestra relación con el Arte será siempre un continuo fluir de ideas y conocimientos.

Entendiendo esto así comprenderemos que en Budô, como en la propia Vida, todo está en movimiento hacia algún lugar, y que en ese devenir están involucrados: nuestro trabajo, el resultado que de él se derive, nuestro pensamiento actual e, incluso, nuestro futuro pensamiento.